

Dios y su perdón

(Perdón judicial)

Cuando se menciona la palabra *perdón*, generalmente pensamos en personas que nos han lastimado, que necesitamos perdonar; y en nuestra actitud hacia ellas. Pero en este capítulo hablaremos sobre el perdón enfocado en la relación Dios-hombre: qué es realmente el perdón para el Señor y su resultado (que muchas personas pueden llegar a distorsionar a causa de no conocer a ese Dios de perdón).

El *Diccionario de la lengua española* define *perdón* como “acción de perdonar; remisión de la pena merecida, de la ofensa recibida o de alguna deuda u obligación pendiente”. También se usa la expresión *perdón* para disculparse con una persona por algo que se hizo o dijo que pudo molestarla.

En la Biblia esta palabra, en el original, significa “quitar”, como una carga que es quitada o una barrera eliminada. El perdón que Cristo ofrece es eterno, instantáneo e irreversible. Es algo que por muy difícil o imposible que parezca está al alcance de todos, aun cuando pequemos o nos rebelemos contra él.

Daniel 9:9 dice: “Del Señor nuestro Dios son el tener misericordia y el perdonar, aunque nos hemos rebelado contra él”. También en Efesios 1:7 encontramos: “En él tenemos redención por medio de su sangre, el perdón de nuestras transgresiones, según las riquezas de su gracia”, ambos versículos nos demuestran que Dios nos brinda el perdón pese a nuestra actitud hacia él.

El perdón es algo raro, porque es difícil, es la cosa más difícil del universo, es costoso porque se realiza sobre la base de una sustitución; y sobre todo es un acto divino, pues el precio que se pagó por este tipo de perdón fue muy alto y requirió a Cristo en la cruz. Nadie puede perdonar a otro si realmente no lleva sobre sí la culpa del pecado de otro. Dios hizo eso por nosotros, Él fue quien llevó nuestros pecados sobre sí, por amor a nosotros.

En 1 Pedro 2:24 leemos: “Él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero a fin de que nosotros, habiendo muerto para los pecados, vivamos para la justicia. Por sus heridas ustedes han sido sanados”. Cristo, siendo el único que nunca pecó sobre la Tierra, fue capaz de llevar esa carga hasta la cruz; 2 Corintios 5:21 nos muestra: “Al que no conoció pecado, por nosotros Dios lo hizo pecado, para que nosotros fuéramos hechos justicia de Dios en él”.

El perdón siempre tiene una condición y esa es que nos arrepintamos y deseemos hacer la voluntad del Señor. El perdón de pecados se basa en la muerte sacrificial de Cristo, como leemos en Colosenses 1:14 (RVR-1960): “... en quien tenemos redención por su sangre, y el perdón de pecados”.

El perdón divino no proviene más que de Dios y es algo que nuestra mente finita, limitada, quizá no alcance a comprender. La verdad es que su amor y su perdón son cosas inexplicables y nada entendibles para la mente humana. Por más que el hombre intente investigar, entender y comprender no podrá hacerlo, porque es algo que nace dentro del corazón de Dios por su gracia e infinita misericordia.

El perdón es algo más que olvidar, es mirar el pecado a la luz de lo que el Padre ha hecho por nosotros en la cruz, a través de Cristo y aceptar la completa reconciliación con Dios. Cuando él nos perdona es como si nunca en la vida hubiéramos pecado.

Sin embargo, existen muchos errores (que mejor podríamos llamar horrores) que confunden y hacen equivocar a miles de personas sobre cómo quitar los pecados provocados por aquellos y cómo obtener el perdón completo. El más común, el que ciertas religiones enseñan y propagan —incluso, aunque no creamos completamente lo que ellas dicen, influencia hasta cierto punto nuestra posición ante el perdón de Dios— es clasificar los pecados en *veniales* y *mortales*.

Los veniales son aquellos que obtienen el completo perdón en esta vida, pero si no lo logran por completo, pueden llegar a hacerlo en un lugar intermedio, puesto que esos pecados no son considerados tan graves. Pero los llamados mortales son los que no obtienen el perdón ni por obras ni por sufrimientos. Por tanto, quien ha cometido este tipo de pecado, tiene que cumplir con lo que esa religión indica que es necesario hacer.

Si muere sin haberlo logrado, desgraciadamente pasará su eternidad en el infierno.

Este tipo de religiones enseñan la doctrina del purgatorio, que es el lugar intermedio entre el cielo y la Tierra, como una forma de obtener el completo perdón. Pero ahí solo van los que cometieron pecados veniales, porque esa es la forma en la que completan su castigo y van al cielo luego de haber pagado.

Esta idea niega toda obra de Cristo y le quita todo significado a la palabra perdón. Nos hace pensar en que si el Señor no nos perdona por completo, ¿qué clase de Dios es que nos hace sufrir para lograr el perdón que dice que él ofrece? En la Biblia no encontramos esta distinción, para Dios no hay distinción de pecados.

La Biblia llama *pecado* cualquiera sea este y punto. Enseña que la sangre de Cristo es la que los elimina por completo, no lo que podamos hacer o lo que la iglesia considere que es necesario que yo haga. La Palabra de Dios enseña que el perdón es para todo tipo de pecados como lo expresa en Isaías 55:7 “Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos. Vuélvase al SEÑOR, quien tendrá de él misericor-

dia; y a nuestro Dios, quien será amplio en perdonar”.

No hay otro Dios como el nuestro. El Salmo 103:3 dice: “Él es quien perdona todas tus iniquidades...”. Qué hermoso pensar que el Señor perdona no solamente algunos, sino todos mis pecados, por eso tengo que considerar Isaías 1:18: “Vengan, pues, dice el SEÑOR; y razonemos juntos: Aunque sus pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos. Aunque sean rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana”. Qué tremenda invitación nos hace Dios para ir en busca de él a entregarle nuestros pecados para que los limpie y nos dé el perdón.

Es necesario recordar que cuando se habla del perdón de Dios, o bien el perdón judicial, es únicamente para aquellas personas que se reconocen pecadoras. Si bien la Biblia en Romanos 3:23 dice que todos somos pecadores —por lo cual estamos destituidos o fuera de la gloria de Dios—, es necesario que para que el perdón de Dios actúe sobre una persona, esta reconozca su condición de pecadora que necesita ser perdonada. Si no es así, no buscará el perdón del Señor, porque no cree necesitarlo, por lo tanto, no lo obtendrá.

Recordemos que el perdón de Dios únicamente está

basado sobre la muerte y la resurrección de Cristo y no en aquellas cosas que podamos hacer para alcanzar la vida eterna. Efesios 2:8, 9 nos dice: “Porque por Gracia son salvos por medio de la fe; y esto no de ustedes pues es don de Dios. No es por obras, para que nadie se gloríe”. Nadie, absolutamente nadie, podrá llegar al cielo diciendo que se lo ganó o que tuvo que hacer miles de cosas para lograr estar en ese lugar, porque la salvación y la vida eterna no es algo que provenga de los hombres sino de Dios. Así lo dice Romanos 3:10: “No hay justo ni aún uno”, porque todos hemos pecado.

Si tú, que estás leyendo este libro, pensabas que todas las cosas que has estado haciendo hasta este momento son acumulativas para comprar tu boleto al cielo, déjame decirte que la Biblia enseña en Romanos 3:28 que *nadie será justificado por la obras de la ley, sino por la fe*, pero no la fe depositada en cualquier cosa o persona, sino en la persona de Cristo.

Déjame contarte un poco lo que fue para mí el haber creído esta mentira durante mucho tiempo. Cuando era pequeña, fui llevada por mi madre a una iglesia cristiana. Yo era una niña y en realidad nunca tomé

en serio el tema “religioso” (como muchos de nosotros lo llamábamos). A la edad de diez años dejó de interesarme por completo y dejé de asistir al templo. Después de algún tiempo, a la edad de casi trece años, volví, pero con una motivación incorrecta (como la vez anterior), que comenzó a tomar más importancia.

Me involucré al punto de llegar a creer que yo era mejor que todos los que estaban “afuera” porque no iban a la iglesia ni buscaban al Señor. Aunque tenía el mismo estilo de vida que ellos, me sentía mejor delante de Dios porque yo iba a un templo, leía la Biblia, ofendaba, oraba y hacía muchas cosas buenas. Creía que por hacer todo eso que los demás, dentro de la iglesia, hacían yo iba a ganarme el cielo. Pensaba que Dios me iba a decir “Qué bien hiciste en la iglesia”, aunque seguía con mi estilo de vida pecaminoso.

Pero mi perspectiva cambió en una ocasión cuando, en una campaña evangelística, la persona que predicó el evangelio lo hizo de tal forma que parecía que conocía lo que yo estaba viviendo. Me di cuenta de que nunca había tomado la decisión de recibir a Cristo, sino que para mí era solo una religión, nada más. Necesitaba tener esa salvación que no había podido tener

durante todo ese tiempo, y solo él podía dármela.

Sin embargo, por vergüenza a ser vista como una hipócrita, no lo recibí. Esa noche, Dios no me dejó tranquila. Pasé mucho tiempo pensando en lo que había escuchado, pues ese día supe que si moría mi destino era el infierno y no el cielo como pensaba unas horas atrás. Así que esa noche, sin yo saber que podía recibir a Cristo sola, en mi cuarto le dije al Señor que, si me daba una nueva oportunidad de escuchar la invitación de recibirlo en mi corazón, entonces sí lo aceptaría.

Dios fue y es muy bueno hasta hoy, porque al siguiente día tuve la sorpresa de que volvieron a predicar el evangelio y ahí yo entendí que era mi oportunidad, que no tenía que desperdiciarla. Así que el 14 de mayo de 1995 recibí a Jesucristo como mi Salvador. A partir de ese día entendí que nada de lo que yo había hecho me servía, que solamente tenía que recibir el perdón de Dios por mis pecados y con ello también el regalo de la vida eterna.

Qué hermoso es poder pensar en que lo que yo no podía hacer por causa del pecado lo hizo alguien más y simplemente por amor. Leemos en Romanos 5:8: “Pero Dios demuestra su amor para con nosotros en

que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”, y ese amor no es solamente por mí y por ti, sino por todo el mundo.

Juan 3:16 dice: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito para que todo aquel que en él cree no se pierda mas tenga vida eterna”. Qué amor tan grande e inexplicable el del Padre al enviar a su Hijo Jesucristo, y qué amor el de Cristo al no negarse a morir por mí, por ti, por nosotros, unos simples pecadores.

La preciosa obra de Cristo en la cruz fue la que hoy nos brinda una esperanza de salvación basada en el camino que él nos dejó, el único para poder llegar a Dios (ver Juan 14:6). Quizá hoy tú te estés preguntando: “¿Cómo puedo disfrutar de esa preciosa salvación, de la que hoy gozo, del eterno perdón que Dios me ha dado, y de la vida abundante que él cada día me brinda?”. Él no es un Dios tan complicado, ni tan lejano, nosotros lo hemos hecho complicado y lejano al no permitirle que llegue a nosotros, se comuniqué con nosotros y nosotros con él en forma personal.

El Padre es un Dios cercano que está sentado esperando simplemente a que tú levantes tus ojos a él y le

hables, simplemente le hables. Así lo leemos en Romanos 10:13: “Porque todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo”.

En muchas ocasiones confundimos orar con religión, pero orar simplemente es conversar con el Señor, invocarlo. Es clamar a ese Dios que nos está esperando tan pacientemente, con el que no necesitamos de ningún otro intermediario, solo Jesucristo: “Porque hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre” (1 Timoteo 2:5).

Este intermediario, Jesús, está tocando a la puerta de tu corazón pidiéndote que le abras para poder entrar en él (ver Apocalipsis 3:20). Si aún no has recibido a Cristo como tu Salvador y no gozas del perdón de todos tus pecados, te invito a que antes de continuar con la lectura de este libro hagas una oración como esta:

Querido Dios, reconozco que soy pecador y que mi pecado me aparta de ti. Que haga lo que haga no hay nada que pueda limpiarme de mis pecados más que la sangre de tu Hijo Jesucristo, aquel que tomó mi lugar en esa cruz y murió

para darme la vida eterna y el perdón de todos mis pecados.

Hoy te invito a que entres en mi corazón para que me des esa preciosa esperanza de vida eterna y para que pueda disfrutar del perdón completo de todos mis pecados. En el nombre de Jesucristo tu hijo. Amén.

Si en este momento has recibido a Cristo como tu Salvador, ¡felicidades! Has ingresado a la familia de Dios, ahora puedes disfrutar el perdón divino y completo que el Señor te ha dado desde este momento en el que entró a morar en tu vida. Y déjame darte otra gran noticia, este perdón es inagotable ya que no importa cuánto tiempo pase, él es un Dios de perdón que perdona aun tus pecados futuros.

El Señor sabe que, como simples humanos, nuestra naturaleza es pecaminosa y nuestra inclinación va a ser hacia el pecado. Aunque con el poder del Espíritu Santo eso puede cambiar, es inevitable en algunas oportunidades cometer pecado porque es parte de nosotros. Sin embargo, quiero que sepas que aún el perdón de Dios está ahí, y que nunca se agota, por más

grande que sea el pecado. Cristo siempre estará en tu corazón brindándote no solo perdón, sino reafirmandote que la vida que él te dio es eterna y nunca te la quitará.

Ahora bien, el conocer a Dios no solo implica conocer sus atributos, sino conocerlo a él, todo lo que él es, todo lo que él nos da. Es mirar más allá de lo que hemos oído, es ver y contemplar su persona, su inmenso poder y amor en la persona de Cristo. Es saber que lo que tenemos es inmerecido, pero que por ello es incluso mucho más valioso de lo que cualquiera pueda llegar a imaginar, por el simple hecho de ser algo que no proviene de nosotros sino de Dios.

Perdón es más que una hermosa palabra.

Es lo que hoy me permite mirar a mi Dios cara a cara.

Revivir cada día su amor y entrega sacrificial en la cruz.

Dando gracias porque su perdón me alcanzó.

Olvidando lo que antes era, para ser lo que hoy soy, una

Nueva criatura que ha sido perdonada y restaurada.

